

NACIONALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD, CREACIÓN DEL INMIGRANTE

L. FELIPE ALARCÓN*

UNIVERSIDAD DE CHILE

A B S T R A C T

¿Qué es un inmigrante? Para responder esto no bastan definiciones formales. Es necesario entender cuándo surge la figura del inmigrante, de qué manera surge y a través de qué mecanismos. Nos proponemos, precisamente, mostrar cómo los mecanismos de nacionalización de la sociedad crearon, y aún crean, una cierta identidad nacional, que funciona a la manera de una subjetivación y, como reverso, crean al inmigrante. El inmigrante sería, así, un producto específico de los procesos de formación del Estado y la nación, y sería inseparable del problema de la nacionalidad tanto como el del nacionalismo, el del racismo y el de la ciudadanía. En última instancia, el asunto del inmigrante muestra los costos de la configuración Estado-nación y el límite de nuestras maneras de organizar la sociedad.

PALABRAS CLAVE: Inmigración, nación, nacionalización de la sociedad, neo-racismo

NATIONALIZATION OF THE SOCIETY, CREATION OF THE IMMIGRANT

What is an immigrant? To answer this, formal definitions are not enough. We need to understand when, in which way, and through what mechanisms, did the figure of the immigrant appear. We want to show precisely how did the nationalization of society produce and still produces some sort of national identity that works as subjectivation and creates the immigrant. The immigrant would be a specific product of the nation and State formation process, and it would be inseparable of the problem of nationality as well as the problem of nationalism, racism and citizenship. As a last resort, the question of the immigrant shows the costs of the nation-State configuration shows the limits of our ways to organize the society.

KEYWORDS: Immigration, nation, nationalization of the society, neo-racism

* Investigador del Centro de Análisis e Investigación Política, CAIP. Licenciado en Ciencias Políticas y Gubernamentales por la Universidad de Chile, estudiante de Administración Pública de la Universidad de Chile. E-mail: felipe.alarcon.p@gmail.com

I. NACIÓN, NACIONALIDAD, NACIONALISMO

Partamos así: “el término «nacionalidad» es un derivado de «nación», pero mucho más tardío, pues si la primera aparición (inventariada) de «nación» data de 1270 (y el adjetivo «nacional» de 1550), «nacionalidad» es usado por primera vez en 1807, en una novela de Mme. de Staël”¹. Es entre el siglo XVIII y el siglo XIX que se configuran una serie de cambios que harán que «nación» cambie su contenido. Nación, nacional y nacionalidad, tienen, entonces, una historia, que puede narrarse así: “las luchas de independencia en América, la Revolución francesa, la resistencia de las poblaciones víctimas de la ocupación de tropas napoleónicas, tales son los eventos fundadores a la sombra de los cuales, entre los años 1770 y los años 1830, se fija la definición aún en vigor de nación”².

O también así: “entre los años 1770 y los años 1830, la palabra «nación» se impuso como uno de los conceptos esenciales del discurso político revolucionario”³. Noiriél reconoce tres elementos en la re conceptualización de la palabra «nación»: libertad, reivindicación e identidad⁴.

A. NACIÓN

Comencemos entonces: uso en el discurso político revolucionario que tendría tres elementos. En primer lugar, la relación entre «nación» y «libertad» en el discurso emancipatorio en América, Francia y Alemania: libertad como emancipación del poder colonial, como emancipación del poder aristocrático y como emancipación del poder imperial. La relación pasará, principalmente, por la idea de pueblo soberano que alcanza su libertad a través de un Estado propio, de la obtención de «poder de Estado», y en ese sentido se constituye, *realmente*, como pueblo soberano.

Habría que decir dos cosas, al menos, sobre esto. En primer lugar, antes de este giro en la conceptualización, la relación nación-territorio es, prácticamente, inexisten-

¹ Noiriél, Gérard. *État, nation et immigration*. Éditions Belin, Paris, 2001. p. 223. Traducción propia.

² *Ibid.*, p. 123. Traducción propia.

³ *Ibid.*, p. 135. Traducción propia.

⁴ *Ibid.*

te⁵. A la nación no le correspondía necesariamente un Estado, ni una frontera ni una institución específica. Así, podía hablarse, y se hablaba, de una nación en el caso de los estudiantes, pero también en el caso de la burguesía. Sólo con este giro tomará importancia el asunto de la relación estado-territorio-nación. Esto puede verse, por ejemplo, en la discusión sobre la nación y el Tercer Estado en Sieyès o sobre las naciones americanas y su independencia. El asunto, por ejemplo, de que lo que hoy es Estados Unidos sea una nación, de que Francia sea una nación, de que Alemania sea una nación.

En segundo lugar, si el vínculo es, principalmente, nación-Estado, la «batalla» será más vertical que horizontal. Es decir, la lucha por convertirse en nación, por tener poder estatal, se jugará en la relación vertical entre Estado y nación y no tanto en la relación «horizontal» con otras naciones. Veremos, más adelante, que las dos maneras de identidad funcionan a la par pero, al menos en este punto, será más importante el eje vertical que el horizontal.

Segundo elemento de la nueva conceptualización: las movilizaciones políticas a partir de la idea de «soberanía del pueblo» exigen de quienes abogan a favor de la soberanía de *su* pueblo cierto criterio de exclusión. En nombre de quiénes se habla, de la soberanía de quiénes se habla. Exclusión originaria *en* la nación, *de* la nación, *por* la nación que estaría no ya en el comienzo de la palabra nación pero sí en el giro que da a fines del siglo XVIII y a principios de siglo XIX. Podría argumentarse que la idea misma de un grupo humano supone la exclusión. Concedido. Pero la exclusión de la nación es bastante más específica, es sistemática, se diría. Luego, no sólo es sistemática sino que aparece un discurso específicamente moderno de la exclusión, a la vez que se crean aparatos estatales de exclusión. Ya se verá en los siguientes capítulos.

Tercer elemento: identidad y nación. Esto en un *doble sentido*: por una parte, identidad «objetiva» y, por otra, identidad «subjética». Es decir, identidad consigo mismo a partir de la diferenciación con otro e identidad como imagen de sí mismo.

⁵ A propósito de la importancia sin precedentes del territorio, Jellinek escribe: "La necesidad de un territorio determinado, para que pueda tener existencia un Estado, ha sido reconocida por primera vez en los tiempos modernos. La antigua doctrina del Estado concebía a éste como una comunidad de ciudadanos cuya identidad no iba unida necesariamente a la residencia de éstos. Ninguna de las definiciones del Estado que nos han sido transmitidas de la antigüedad habla del territorio". Jellinek, Georg. *Teoría general del Estado*. Editorial Albatros, Buenos Aires, 1954. p. 296.

Esta distinción es importante. Son diferentes los mecanismos utilizados en uno y otro caso, son distintas las estrategias, aunque los dos sentidos de la identidad, claro, funcionen juntos. Podría ensayarse esto: la identidad objetiva se construye a través de guerras, de disputas, de decisiones, en el sentido aproximadamente schmittiano, al fin. La identidad subjetiva se construiría a través de un trabajo más intelectual, si se permite la distinción. Un lento trabajo de la historia: construir un origen, un origen invariable, un tronco, la existencia de un «ser» nacional más o menos invariable⁶.

A manera de paréntesis: los discursos relativamente actuales sobre el fin del Estado-nación no hacen sino plantear, explícitamente, el asunto del origen. Si las naciones tienen un origen, también tienen un fin y ese fin ha llegado o está por llegar. Idea vieja entre cierta(s) tradicione(s) de la filosofía de la historia: fin de la civilización, fin de lo sagrado, fin de las religiones, etc. En este sentido, si hoy emerge un nuevo discurso sobre el fin de la nación es porque hoy, más que nunca, se ha instalado la idea de un origen de la nación⁷. Podrá estarse de acuerdo o no con que estamos ya en una era post nacional, ese es otro asunto, de lo que acá se trata es de *encontrar* sus condiciones de posibilidad, de revisar las posibles consecuencias de la puesta en marcha de tal discurso.

A lo largo del siglo XIX el asunto de la identidad tendrá cada vez mayor importancia, a la vez que la «lucha por la identidad» se centrará en las analogías con el cuerpo humano. La nación, para existir, debe «demostrar» que es una «persona»⁸. Este asunto estará presente tanto de lado alemán, con Jahn, como del lado francés, principal pero no exclusivamente con Sieyès, y fundará una matriz de comprensión que utilizará todo el siglo XX. Comienza el tiempo de las analogías entre el cuerpo humano y

⁶ Sobre el problema de la autoctonía, el tronco (*souche*) y la misión de la historia respecto a los orígenes, ver Loraux, Nicole. *Né de la Terre. Mythe et politique à Athènes*. Éditions du Seuil, Paris, 1996. Traducción castellana: Loraux, Nicole. *Nacido de la tierra. Mito y política en Atenas*. El Cuenco de Plata, Buenos Aires, 2007. Traducción de Diego Tatián.

⁷ Balibar, Étienne. *Nous, citoyens d'Europe? Les frontières, l'État, le peuple*. Éditions La Découverte, Paris, 2001.

⁸ “La historia de las naciones, comenzando por la nuestra, nos es presentada siempre en la forma de un relato que le atribuye la continuidad de un sujeto [...] la manifestación de la personalidad nacional”. Balibar, Étienne. «La forme nation: histoire et idéologie». En Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein. *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Éditions La Découverte & Syros, Paris, 1997. p. 117. Traducción propia.

la nación, donde habrá que probar que la nación tiene personalidad, que actúa como un ser humano.

Tenemos esto: en el siglo XIX aparece, ya propiamente, enteramente, un nuevo sujeto histórico: la nación. Aparecerá como objeto y como sujeto de la historia, es decir, la historia hablará, preferentemente, de ella y ella hablará, en primera *persona*, sobre la historia.

B. NACIONALIDAD

Si la palabra nacionalidad es *reciente*, la aparición de los códigos de nacionalidad, como se adivinará es, también, *reciente*. Aquí no nos importará tanto la definición específica de cada nacionalidad, *espiritualmente* hablando, sino la nacionalidad como atributo jurídico o más bien nos interesará la confusión entre los dos sentidos de «nacionalidad».

Así, podría hablarse, también, de una nacionalidad «subjetiva» y de una nacionalidad «objetiva», es decir, “la nacionalidad como «sentimiento de pertenencia» a un grupo de individuos, ellos mismos definidos por un conjunto de características culturales”⁹ y la nacionalidad como “pertenencia jurídicamente codificada”¹⁰. En el primer caso, la nacionalidad remite a un vínculo con la «nación», mientras que en el segundo remite a un vínculo con el Estado. En castellano, como en francés, la palabra que designa estas dos maneras es la misma, mientras que en inglés y en alemán son distintas. A pesar de esto, la confusión existirá en Occidente hasta nuestros días. Vertovec, por ejemplo, a pesar de ser un tanto ajeno a estos debates, afirma que “en buena parte de la literatura, la nacionalidad y la ciudadanía son tratadas como equivalentes”¹¹. Este problema va a atravesar el problema jurídico del siglo XIX y del siglo XX, e incluso los debates antiguos pero hoy en *boga*, nuevamente, sobre las segundas generaciones: ¿son o no italianos los hijos de inmigrantes nacidos en Italia, por ejemplo? Esta pregunta, se ve, es doble. La respuesta «objetiva» es simple: basta ver sus papeles. La res-

⁹ Noiriél, Gérard. *État, nation... op.cit.*, p. 221. Traducción propia.

¹⁰ *Ibid.*, p. 221. Traducción propia.

¹¹ Vertovec, Steven. Transnacionalismo migrante y modos de transformación. En Portes A. y J. De Wind. *Repensando las migraciones. Nuevas perspectivas teóricas y empíricas*. Universidad Autónoma de Zacatecas y Miguel Ángel Porrúa, Zacatecas, 2006, págs. 157-190. p. 168.

puesta «subjetiva» es más complicada y empuja hacia la primera. Si son italianos «culturalmente» hablando, ¿se les debería permitir serlo «jurídicamente» o no basta eso? Pero dejemos de lado, por un momento, el problema del doble significado de nacionalidad y su vínculo con la ciudadanía.

Decíamos, entonces, que los códigos de nacionalidad son algo reciente. Es sólo a finales del 1800 que aparecen¹², introduciendo ciertas capacidades jurídicas en razón del origen y estableciendo mecanismos de naturalización de extranjeros. Esta necesidad será presionada, ya veremos cómo, por diferentes «grupos sociales». Adelantemos esto: crisis económica, servicio militar. Surge, entonces, a fines del siglo XIX el problema de la naturalización y de la política de inmigración, que no ya el problema del extranjero. Esto será tema de un capítulo ulterior, pero vale tenerlo en mente. Por ahora, el problema de la nacionalidad estará estrechamente al vinculado al problema del nacionalismo, de la construcción de una «identidad nacional». Pasemos, entonces, a revisar brevemente el asunto del nacionalismo.

C. NACIONALISMO

Lo primero: ¿puede hablarse de *un* nacionalismo? ¿pueden reducirse las formas históricas de nacionalismo a *el* nacionalismo? Depende. Es evidente que cada nacionalismo ha construido sus mitos propios, sus símbolos, sus comunidades imaginarias¹³, pero sí es posible, quizás, decir que el nacionalismo es la ideología orgánica correspondiente a la institución nacional, que no hay nación sin nacionalismo¹⁴, y, es en ese sentido, que podemos hablar de *el* nacionalismo. O también: “Allí donde existen naciones reina el nacionalismo”¹⁵. Se trata, en todo nacionalismo, de construir una identidad nacional.

¹² Noiriél, Gérard. *Le creuset français. Histoire de l'immigration XIX-XX siècles*. Éditions du Seuil, Paris, 1988; Noiriél, Gérard. *Population, immigration et identité nationale en France. XIX-XX siècle*. Hachette, Paris 1992.

¹³ Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso, Londres, 2006.

¹⁴ Balibar, Étienne. «Homo nationalis. Esquisse anthropologique de la forme nation». En *Nous, citoyens d'Europe? Les frontières, l'État, le peuple*. Éditions La Découverte, Paris, 2001; Balibar, Étienne. *Racisme et nationalisme*. En Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein. *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Éditions La Découverte & Syros, Paris, 1997.

¹⁵ Balibar, Étienne. *Nous, citoyens...op.cit.*

¿Pero qué quiere decir todo esto? En primera instancia, quiere decir que el nacionalismo no es (sólo) una «actitud política» ni un «sentimiento espontáneo» de las *masas* o de las *élites* sino el sustento ideológico de la idea misma de nación, que supone la de una comunidad con base étnico-cultural o la ilusión de una base étnico-cultural¹⁶. Sobre esto, Balibar *señala* que “ninguna nación (es decir ningún Estado nacional) posee de hecho una base étnica, esto quiere decir que el nacionalismo no podría ser definido como un etnocentrismo sino precisamente en el sentido de la producción de una etnicidad ficticia”¹⁷. En segundo lugar, quiere decir que, a la luz de la experiencia histórica de la transformación de los «nacionalismos de liberación» en «nacionalismos de dominación», es difícil no ver en la nación al nacionalismo y, en última o penúltima instancia, al racismo en el nacionalismo.

Si, como se no se ha dejado de considerar durante todo el siglo XX, la nación es una realidad y el nacionalismo una ideología, y, sobre todo, si el nacionalismo es «normal» y el racismo «excesivo», entonces la relación de los tres conceptos es lejana, si no simplemente «accidental». Acá se plantea lo contrario, podría decirse incluso: no es «accidental» sino más bien «Occidental».

Se dice, en primer lugar, que “el racismo sale sin cesar del nacionalismo [y] el nacionalismo sale del racismo”¹⁸, y en este sentido hay, o habría, un ciclo histórico de reciprocidad. El racismo sale del nacionalismo, no sólo hacia el «exterior» sino también hacia el interior: instituciones (estatales) de exclusión sistemática, como la segregación racial en Estados Unidos. Y el nacionalismo sale del racismo pues para crear

¹⁶ Discutir esto nos desviaría demasiado. Se puede recurrir a los textos de Balibar ya citados y a los textos citados más adelante, como también a los siguientes: Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso, Londres, 2006; Gellner, Ernest. *Nations and Nationalism*. Blackwell Publishing, Oxford, 2006; Hobsbawm, E. J. *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*. Cambridge University Press, Cambridge, 1992; Loraux, Nicole. *Né de la Terre. Mythe et politique à Athènes*. Éditions du Seuil, Paris, 1996; Noiriel, Gérard. *État, nation et immigration*. Éditions Belin, Paris, 2001; Noiriel, Gérard. *Le creuset français. Histoire de l'immigration XIX-XX siècles*. Éditions du Seuil, Paris, 1988; Noiriel, Gérard. *Population, immigration et identité nationale en France. XIX-XX siècle*. Hachette, Paris, 1992; Schnapper, Dominique. 2003. *La Communauté des citoyens*. Gallimard, Paris, 2003; Schnapper, Dominique. *L'Europe des immigrés*. Éditions François Bourin, Paris, 1992; Schnapper, Dominique. *Qu'est-ce que la citoyenneté?* Gallimard, Paris, 2000, así como también a las referencias que estos autores dan.

¹⁷ Balibar, Étienne. «Racisme et nationalisme». En Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein. *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Éditions La Découvert & Syros, Paris, 1997. p. 70. Traducción propia.

¹⁸ *Ibid.*, p. 77. Traducción propia.

eso que hoy, aquí, hemos llamado nacionalización de la sociedad (o, en otro sentido, creación de una comunidad imaginaria), es necesario un racismo pre existente. Puede verse, acá, una cierta relación con el asunto de la identidad de sí a partir de una imagen «subjetiva» y la identidad a partir de la diferenciación con el otro. Podría ensayarse esto: para que exista algo así como una nación latinoamericana hizo falta no sólo una ideología «nacionalista» sino también una manera del racismo anti-español para fundarla. Pero esto no basta. Lo que se quiere decir, al fin, es que “el nacionalismo es a la vez indispensable y siempre insuficiente para alcanzar la formación de la *nación*, o el proyecto de «nacionalización» de la sociedad”¹⁹.

Luego, en segundo lugar, habría que decir, con Balibar, que el racismo es una “relación social y no un simple delirio de los sujetos racistas”²⁰. Es decir, el racismo tiene componentes, tiene una historia, en fin, es parte de una larga cadena que incluye entre sus eslabones a la nación, el nacionalismo, la emancipación, el chauvinismo, el racismo pero también la soberanía nacional, la soberanía del pueblo, la institución-frontera.

Habiendo hecho esta pequeña introducción sobre nación, nacionalidad y nacionalismo, pasaremos a la siguiente sección. Pero antes dejaremos *sentada* una distinción, que bien puede haber quedado sentado en el principio: por una parte, formación y, por otra, nación *concreta*. Esto es: la forma-nación no es ella misma una comunidad, sino el concepto de una estructura capaz de producir «efectos de comunidad». Son las naciones individuales, o nacionalidades, las que «son» comunidades más o menos coherentes²¹. La estructura, por supuesto, es mutable y, de hecho, ha mutado.

II. NACIONALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

A partir de la introducción que hemos hecho, no es posible pensar sino esto: una sociedad no es siempre una nación. Y habría que pensarlo sin caer en la trampa de lo «pre nacional», no poner a toda formación social no-nacional en una escala inferior de la evolución hacia la nación. Sobre esto se ha dicho bastante, pero no suficiente.

¹⁹ *Ibid.*, p. 78. Traducción propia.

²⁰ *Ibid.*, p. 59. Traducción propia.

²¹ Balibar, Étienne. “Homo nationalis. Esquisse anthropologique de la forme nation ». En *Nous, citoyens d'Europe? Les frontières, l'État, le peuple*. Éditions La Découverte, Paris, 2001. p. 44. Traducción propia.

Quizás el punto sea este: no se evoluciona, no se pasa naturalmente de una formación social cualquiera a una nación, sin más, ya lo hemos visto. Se requiere toda una red de mecanismo y de prácticas que actúen sobre los individuos para «nacionalizar» la sociedad²². Y esto tiene sus costos. En opinión de Étienne Balibar, para que la formación social no-nacional se *nacionalice* se requiere de ciertos unificadores, y esos unificadores serían la raza y la lengua. El inmigrante, propiamente dicho, no tiene ni *nuestra* raza ni *nuestra* lengua. En un incierto sentido muestra el límite externo de nuestra raza, de nuestra lengua.

Hay un papel que el Estado juega en el asunto, ya lo habíamos anunciado. Balibar, respecto a la intervención del Estado en la formación de los individuos, escribe que “[...] se hizo dominante en el curso de los siglos XIX y XX, con el resultado de subordinar enteramente la existencia de los individuos de todas las clases a su status de ciudadanos del Estado-nación, es decir, a su calidad de nacionales”²³. En siglo XIX no nacen solamente las nociones de nación, nacionalidad y nacionalismo como las conocemos hoy, sino también, a la par, los mecanismo que las harán «prácticas».

EXCURSO: ESTADO Y NACIÓN

Se ha dicho “nacionales en cuanto pertenecen al Estado, el Estado formando lo nacional, dando forma a la nacionalidad como atributo de la persona”. Esta afirmación puede tener, y tiene, opositores. Se dirá que también las naciones han formado Estados, incluso que la mayoría de las naciones han formado Estados y que sólo en algunos casos los Estados han formado naciones. Aun aceptando que hayan habido naciones que han construido Estados, éstos han sido contruidos sólo una vez. Es decir, un Estado con sus autoridades, aparatos y documentos oficiales ha sido construido por una generación, pero la siguiente ha sido ya «nacionalizada». Es decir, no es irrelevante que existan naciones que hayan construido Estados, pero para el caso que nos ocupa, sólo retrasa un poco lo que queremos mostrar. Ahora, si se piensa el Estado como expresión de un

²² Balibar, Étienne. «*La forme op.cit.*»

²³ *Ibid.*, p. 126. Traducción propia.

determinado espíritu nacional o de una conciencia moral, y en este sentido el Estado no es ni autoridades ni aparatos ni documentos, entonces pedimos que se explique por qué precisamente los Estados que han formulado en esos términos su naturaleza, pensamos acá en Francia y Alemania, han usado mecanismos de nacionalización tan reiterada y sistemáticamente. Respecto a este asunto, Balibar agrega: “una formación social no se reproduce como nación sino en la medida en que se instituye al individuo como homo nationalis, desde su nacimiento hasta su muerte, a través de una red de mecanismos y prácticas cotidianas, al mismo que como homo economicus, politicus, religiosus...”²⁴. Y acá hay un punto importante, quizás el punto principal: se trata de la reproducción y no de la producción de la nación. Bien pueden haberse producido Estados, pero se necesita reproducir la nación. Es necesario que el pueblo se reconozca «en» el Estado, que haga propia la institución estatal, pero antes es necesario que el Estado «cree» su pueblo. Así al menos entiende Balibar las cosas, y nosotros con él. Un estado creando a su pueblo, un Estado creando a los que no son su pueblo.

Charles Taylor, en un artículo titulado *¿Qué principio de identidad colectiva?*, va a decir que “si se observa la situación actual de Francia o los Estados Unidos, aunque estos países originalmente se habían aglutinado exclusivamente alrededor de ciertos principios colectivos, parece que sintieron cada vez más la necesidad de rechazar sus propios símbolos para sentir la unidad. Nos da la impresión entonces de que esos países se volvieron «nacionalistas». Ilusión, a la luz de lo dicho en la introducción. Sus comportamientos son visiblemente los mismos y sus sentimientos de pertenencia histórica, también casi étnicos, son tan fuertes entre su población como lo son entre las de los demás”²⁵. Taylor, como Balibar y nosotros mismos, cree que esto no es circunstan-

²⁴ *Ibid.*, p. 126. Traducción propia.

²⁵ Taylor, Charles. *¿Qué principio de identidad colectiva?* En *La Política: Revista de estudios sobre el estado y la sociedad* 3, Paidós Ibérica, Madrid, 1997. p. 134-135.

cial. Al respecto, dice “La novedad del pensamiento político moderno es la idea de que un pueblo existe antes de darse una forma política. Esto está inscrito en el concepto mismo de soberanía del pueblo y en el principio de autodeterminación de los pueblos (...) Por ello, en la base de nuestra modernidad política se aloja la idea de que el pueblo cuenta con su identidad con anterioridad a la estructura política y que puede por lo tanto decidir si acepta la estructura política actual o si prefiere cambiarla. Esta idea de la personalidad del pueblo exige que el principio de unidad se halle más allá del simple hecho de la positividad política. He aquí dónde (sic) nace todo el drama”²⁶.

En otro extremo de lo que podríamos llamar espectro teórico-político, pero en el mismo sentido, Kymlicka habla de “las herramientas que usa un Estado para la construcción nacional”²⁷. Esto puesto en términos de una “dialéctica de la construcción nacional y los derechos de las minorías”²⁸, manifestada a través de Estados que han “estimulado, y en ocasiones, forzado, a todos los ciudadanos del territorio de un Estado a integrarse en instituciones públicas comunes que operaban en una lengua común. Los Estados occidentales han utilizado varias estrategias para alcanzar este objetivo de la integración institucional y lingüística valiéndose de leyes de ciudadanía y naturalización, de leyes educativas, leyes lingüísticas, políticas relacionadas con la incorporación a la función pública, el servicio militar, los medios de comunicación nacionales, etc.”²⁹.

El asunto del servicio militar, anunciado de paso por Kymlicka, tiene, en realidad, una gran importancia en el debate sobre la naturalización y las políticas de inmigración. Es uno de los centros

²⁶ *Ibíd.*, p. 135.

²⁷ Kymlicka, Will. *La política vernácula. Nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*. Paidós, Barcelona, 2003. p. 9.

²⁸ *Ibíd.*, p.10.

²⁹ *Ibíd.*

de la discusión sobre las políticas de naturalización en Francia y en otros países. Por una parte, en Francia, “la corriente nacionalista anti-alemana considera que, frente a la declinación demográfica francesa, es necesario encontrar otros medios para «hacer soldados»”³⁰. Ese medio será la naturalización de extranjeros. Por otra parte, la crisis económica, sumada a la estrecha competencia que representan los extranjeros en el mercado de trabajo, hace que muchos patrones decidan contratar mano de obra extranjera por temor a que los empleados nacionales tengan que abandonar el puesto por cumplir con el servicio militar³¹. Razón económica, entonces, pero suscitada a partir del problema del servicio militar.

Todavía algo: proposición de Balibar: habría que reemplazar el análisis del capitalismo «ideal» por un análisis del capitalismo «histórico». Esto implica poner atención a los “fenómenos precoces del imperialismo y [a] la articulación de las guerras con la colonización”³², sólo así sería posible decir, junto a Balibar, que “en un sentido, toda «nación» moderna es producto de la colonización: ha sido, siempre en algún grado, colonizadora o colonizada, a veces la una y la otra”³³

Emprender una historia del capitalismo, entonces, supondría estudiar estrategias de poder, y, en este campo específico, ver de qué manera se dio realmente, digamos, el proceso de nacionalización. Esto implica toda una nueva «red» de conceptos, toda una nueva manera de entender categorías clásicas, como nación, ciudadanía, nacionalidad, frontera.

Todavía algo: dos cosas sobre la frontera. La primera: las hay interiores y exteriores. Por una parte, la institución de la frontera, arbitraria, violenta, y por otra parte, la frontera íntima, que

³⁰ Noiriél, Gérard. *Le creuset français. Histoire de l'immigration XIX-XX siècles*. Éditions du Seuil, Paris, 1988. p. 82. Traducción propia.

³¹ *Ibidem*. Traducción propia.

³² Balibar, Étienne. «*La forme nation... op.cit.*» . p. 121. Traducción propia.

³³ *Ibidem*. Traducción propia.

cristaliza el sentimiento de pertenencia a una comunidad³⁴. La segunda: las fronteras son un lugar privilegiado para poner en práctica el estudio sobre el capitalismo histórico.

Y si es verdad que las fronteras, sobre todo las nacionales, constituyen un lugar esencial para la construcción de identidades, para la nacionalización de las sociedades³⁵, entonces habría que saber conjugar el asunto de la colonia con lo que podemos llamar «fronteras de la identidad». Saber conjugarlo para decir, por ejemplo, que en América Latina las fronteras de la identidad no coinciden exactamente con las fronteras nacionales, y que eso tiene relación con el proceso de colonización, con las guerras contra la colonización, con las estrategias. No es el tiempo ni el espacio de hacerlo, pero la tarea se impone.

Lengua y raza sería, así puestos, los unificadores que permitirían nacionalizar una sociedad. El caso de la raza y el racismo lo hemos esbozado ya unas líneas más atrás y lo trataremos nuevamente unas líneas más adelante. Sobre la lengua, vale decir esto: la lengua, el fenómeno de la lengua, será central en el problema nacional, será central para la «identidad nacional». Existirá toda una red de saberes históricos y tácticas relacionadas al problema de la lengua. No se trata, solamente, de que exista una lengua nacional, que alemanes hablen alemán, que los franceses hablen francés, los italianos hablen italiano, etcétera, “lo decisivo no es solamente que la lengua nacional sea oficializada, es mucho más fundamental que pueda aparecer como el elemento mismo de la vida del pueblo, la realidad que cada uno puede apropiarse a su manera sin destruir por ello la identidad”³⁶. Lengua e identidad nacional. Pero, ¿qué hace que una lengua pueda ser elemento de la vida social, más específicamente, de la vida nacional? Aquí el Estado, los aparatos del Estado, tiene la palabra. Puede decirse,

³⁴ Sobre este asunto, el de la frontera interior, vale la pena revisar lo que ha dicho Fichte (Fichte, Johann Gottlieb. *Discursos a la nación alemana*. Taurus, Madrid, 1968.) y lo que ha dicho Balibar sobre Fichte (Balibar, Étienne. “Fichte et la frontière intérieure. À propos des Discours à la nation allemande ». En Balibar, Étienne. *La crainte des masses*. Galilée, Paris, 1997).

³⁵ Balibar, Étienne. « Identité/Normalité ». En *Nous, citoyens d'Europe? Les frontières, l'État, le peuple*. Éditions La Découverte, Paris, 2001.

³⁶ *Ibid.*, p 133. Traducción propia.

junto con Balibar, que “la escolarización es la principal institución que produce etnicidad como comunidad lingüística. Pero no está sola: el Estado, los intercambios económicos, la vida familiar son también escuelas en un sentido, órganos de la nación ideal reconocible por una lengua común que le es «propia»”³⁷.

Haría falta, ahora, como se prometió un poco antes, revisar el asunto de la raza, ahora desde la *perspectiva* de la nacionalización de la sociedad. Ver, también, como el racismo sigue vigente, cómo la nacionalización de la sociedad no se hace de una vez y para siempre.

Tenemos, hasta ahora, una especie de «función negativa»: corte y delimitación a partir de la lengua. Pero también habría una función positiva: al crear la identidad nacional se crea también su exterior. Y ese exterior se manifiesta, ya se había dicho, aunque en otros términos, en la forma de racismo, de un racismo completamente nuevo. Pero racismo es una palabra vieja entre nosotros. Tiene una historia propia, se diría. Tiene también una carga inmensa. Aunque cuando se hable de racismo se le relacione comúnmente al colonialismo europeo de la primera modernidad, quizás sea posible pensar que sus mecanismos se remontan a tiempos más antiguos, y/o que su funcionamiento sigue presente hoy.

Las preguntas que surgen, entonces, son del tipo ¿se puede hablar de racismo sin que esté presente explícitamente la palabra raza?, ¿es abusivo usar la palabra racismo para referirse a prácticas de la antigua Grecia o del Califato clásico? y quizás aún más importante, ¿es posible hablar hoy de racismo, cuando las buenas maneras exigen la eliminación de la palabra raza de los vocabularios oficiales y populares? Esto equivale a preguntar cuáles son sus manifestaciones o formas elementales, cuáles son sus mecanismos, preguntarse, en fin, si las relaciones que describimos en el primer capítulo son o no actuales.

Micheline Labelle, en un valioso artículo publicado por UNESCO, revisa las nociones de raza, racismo y xenofobia en diferentes autores y corrientes, configurando una especie de mapa del concepto. Nosotros nos vamos a fijar especialmente en la dis-

³⁷ *Ibidem*. Traducción propia.

tinción entre racismo clásico y neo-racismo, procurando responder a las preguntas de más arriba.

Según Labelle, el “racismo que propugna la desigualdad [racisme inégalitaire], clásico, supone que sólo hay un modelo válido, el de la «raza dominante», a la cual las otras «razas» no pueden sino someterse, en una relación de dominación”³⁸. A esto agrega que la noción de raza en el racismo clásico se entiende como un “indicador de grupo genealógico humano”³⁹, sentido que habría adquirido sólo a partir del siglo XVIII.

Y si el racismo «clásico» supone la existencia de razas biológica o genéticamente definidas que pueden, y deben, ser jerarquizadas⁴⁰. Hasta acá parece no haber nada nuevo. Así es que como ha conocido Occidente al racismo y como nosotros mismos lo tratamos en la primera sección, y entonces resulta que o bien ya no hay racismo o el racismo que existe es marginal o cuando se habla de racismo se usa una metáfora. Pero parece levantarse un nuevo racismo, en plena época de las buenas maneras anti-racistas. Así lo ha hecho notar Balibar cuando dice que este nuevo racismo “es un racismo cuyo tema dominante no es la herencia biológica sino la irreductibilidad de las diferencias culturales; un racismo que, a primera vista, no postula la superioridad de determinados grupos o poblaciones en relación a otros, sino «solamente» la nocividad del desdibujamiento de las fronteras, la incompatibilidad de estilos de vida y tradiciones.”⁴¹.

¿Y quiénes más distintos en sus estilos de vida y tradiciones que los inmigrantes? La noción de raza, biológicamente entendida, es sustituida por la categoría de inmigrante (Balibar, 1990). El tema biológico se retoma, esta vez en el marco del racismo cultural. Un racismo sin razas, como han insistido los comentaristas, que «raciali-

³⁸ Labelle, Micheline. *Un lexique du racisme. Étude sur les définitions opérationnelles relatives au racisme et aux phénomènes connexes*. Paris, Montréal: UNESCO, CRIEC, 2006. p. 7. Traducción propia.

³⁹ *Ibidem*. Traducción propia.

⁴⁰ Herder, J. G. “Genio nacional y medio ambiente”. En Á. Fernández Bravo, *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha* (págs. 27-52). Buenos Aires: Manantial, 2000.

⁴¹ Balibar, Étienne. Y a-t-il un «neo-racisme»? En Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein. *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Éditions La Découvert & Syros, Paris, 1997. p. 32-33. Traducción propia.

zaría» las diferencias culturales⁴². También: “la cultura también puede funcionar como una naturaleza”⁴³.

Por una parte, entonces, está lo que podríamos llamar definición interna, es decir, una «racialización» que otorgaría unidad al grupo. Por otra parte, está lo que podríamos llamar definición externa, es decir, este proceso fuertemente identitario implicaría un trato con el afuera distinto al que conocíamos, al que describimos en un principio. Labelle, en este mismo sentido, considera que el neo-racismo “apela al respeto de la diferencia, al deseo natural de permanecer entre iguales (rester entre soi). Las consecuencias son el distanciamiento y la exclusión”⁴⁴.

Un distanciamiento y una exclusión que, en nuestra opinión, opera de una manera bastante particular. Si bien el neo-racismo proclama el derecho a la diferencia, y así parece que ve al otro y también lo respeta, lo que hay es, precisamente, que no se ve a un otro, que “no hay exterior, no hay personas de afuera, sino únicamente personas que deberían ser como nosotros, y cuyo crimen es no serlo (...) el racismo jamás detecta las partículas de lo otro, propaga las ondas de lo mismo hasta la extinción de lo que no se deja identificar (o que sólo se deja identificar a partir de tal o tal variación)”⁴⁵.

Para Balibar, lo que muestra este desplazamiento del racismo es que “el naturalismo biológico o genético no es el único medio de naturalización de comportamientos humanos y las pertenencias sociales”⁴⁶. Los nuevos usos del término inmigrante están allí para probarlo. Nuevos usos, que tienden a que «inmigrante» sea el nombre de una raza, como veremos un poco más adelante.

⁴² Ágnes Heller y Ferenc Fehér apuntan en el mismo sentido cuando dicen que “nada es más instructivo respecto a las ilusiones depositadas en la racionalidad universal (aunque pueda no emocionarnos la lección que oímos en clase) que el hecho de que, en vez de que la política de raza dé paso a una política de definición cultural, se haya «racializado» extensamente la política étnica”. Heller, Ágnes y Fehér, Ferenc. *Biopolítica. La modernidad y la liberación del cuerpo*. Barcelona: Ediciones Península, 1995. p. 117.

⁴³ Balibar, Étienne. “*Y a-t-il... op. cit.*” p. 34. Traducción propia.

⁴⁴ Labelle, Micheline. *Un lexique... op. cit.*, p. 7. Traducción propia. No existe, o no hemos podido encontrar, una traducción exacta para “rester entre soi”. Podría también decirse entre sí mismos o entre los suyos, pero nos parece que “entre iguales” expresa mejor la idea.

⁴⁵ Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos, Valencia, 2003. p. 183.

⁴⁶ Balibar, Étienne. *Y a-t-il... op. cit.* p. 34. Traducción propia.

En este punto, hemos entrado ya *de lleno* al problema del extranjero, al problema del inmigrante.

Y, entonces, hasta el momento hemos dicho esto: la nación, la nacionalidad, el nacionalismo y el racismo tienen una historia, una historia común. Hemos visto, también, que existirían mecanismos de nacionalización de la sociedad. Pero, desde el principio, se ha prometido revisar el asunto del inmigrante, y hasta ahora no ha sido tocado más que de *paso*, como reverso de la nacionalización de la sociedad y sus aparatos. *Pasaremos*, entonces, a ver qué papel juega el inmigrante en esto, cómo es que surge el inmigrante como *producto específico* de nuestra modernidad. Lo primero, entonces, es ver qué diferencias habría introducido el Estado-nación, con sus redes y mecanismos. Para esto, el cambio de extranjero a inmigrante nos será útil. Comencemos entonces, por fin.

III. EL EXTRANJERO

Primera impresión: la palabra «extranjero» parece no tener origen histórico, se la puede juzgar tan antigua, tan elemental, como familia o agua. Pero ciertamente lo tiene, etimológica y conceptualmente hablando. En este sentido, el aporte hecho por Émile Benveniste, en *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, será clave para nosotros. También lo será, en un sentido distinto, que ya se descubrirá, el trabajo de Nicole Loraux, contenido principal pero no exclusivamente en *Né de la terre*.

Lo que expone Benveniste⁴⁷ es la relación etimológica, en la mayor parte si no en todas las lenguas indo europeas, entre «esclavo», «extranjero», «enemigo» y «huésped». En primera instancia, extranjero y esclavo son equivalentes. Y bien, los equivalentes a la palabra castellana «esclavo» hacen referencia a la manera de captura, algunas veces por la mano, otras veces por sitio de las ciudades, otras veces con armas. Si “el esclavo es necesariamente un extranjero”⁴⁸ es porque la distinción es entre ciudadanos y extranjeros: un esclavo no puede sino ser extranjero, pero además,

⁴⁷ Benveniste, Émile. *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, Tome I. Les Éditions de Minuit, Paris, 1969.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 359. Traducción propia.

como lo muestra Benveniste, las palabras tienden a mezclarse, haciendo, en muchos casos, imposible una separación exacta.

Pero si todo esclavo es extranjero, no todo extranjero es un esclavo. Existen, aún, dos conexiones, quizás más importantes porque van a cruzar la historia de Occidente. La primera es entre extranjero y enemigo: “al hombre libre, nacido en el grupo, se opone el extranjero (gr. *xénos*), es decir, el enemigo (lat. *hostis*)”⁴⁹. El extranjero es siempre, en primera instancia, un enemigo. No es sólo un asunto griego, Carl Schmitt⁵⁰ hace el mismo reconocimiento sin citar, más que circunstancialmente, el asunto etimológico. El problema queda planteado: si bien las palabras se separan en todas las lenguas, los trazos no se borran.

Pero la cita de Benveniste está, a propósito, incompleta, pues dice así: “al hombre libre, nacido en el grupo, se opone el extranjero (gr. *xénos*), es decir, el enemigo (lat. *hostis*) susceptible de devenir mi huésped (gr. *aikhmálōtos*, lat. *captivus*)”⁵¹. El extranjero, el estatuto del extranjero, siempre será variable, es decir, dependerá de los pactos y los ritos. Un enemigo se vuelve huésped gracias a ciertos acuerdos, pero es siempre en primera instancia un enemigo. El asunto será, entonces, determinar cuándo un extranjero es enemigo y cuándo un extranjero es huésped. Esto cruzará buena parte de la historia de Occidente hasta nuestros días: ciertos extranjeros son bienvenidos y otros no. A falta de tiempo y espacio, sólo cabe sugerir la conexión con el racismo y sobre todo con el neo-racismo, y, por supuesto, con la *xenofobia*.

Para cerrar la introducción etimológica: “en suma, las nociones de enemigo, extranjero, huésped, que forman para nosotros tres entidades distintas – semánticas y jurídicas – ofrecen en las lenguas indo-europeas antiguas estrechas conexiones”⁵². Estrechas conexiones que no se agotan en el estudio de las palabras: no son sólo palabras.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 355. Traducción propia.

⁵⁰ Schmitt, Carl. *El concepto de lo político: texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Alianza, Madrid, 1998.

⁵¹ Benveniste, Émile. *Le vocabulaire... op. cit.*, p. 355. Traducción propia.

⁵² *Ibid.*, p. 361. Traducción propia.

Si Benveniste aportó el estudio de las palabras y sus usos, Loraux nos aportará el concepto de extranjero, ligado a asuntos políticos antes que etimológicos.

Lo primero: “la polis de los ciudadanos no puede existir sin la presencia de extranjeros”⁵³. Esto introduce toda una serie de cuestiones, de las cuales la primera, para nosotros, es ¿qué relación existe entre ciudadanos y extranjeros? Para aclararlo, será necesario, antes, entender esto: el principio de autoctonía cruzará los discursos de la Grecia antigua. Loraux rastreará en Aristóteles el problema de la conveniencia o no de que una ciudad esté constituida por una sola o por múltiples razas (*ethnos*). El problema se desarrollará a través del nacimiento y la autoctonía, de los privilegios de nacer *de* la tierra, *en* la tierra, y ser de un mismo tronco, de el honor de no haber salido nunca de su tierra.

Y bien, la ciudadanía, entonces, estará vinculada a la tierra, al nacimiento⁵⁴. No será una condición adquirida sino una condición de nacimiento, siempre de nacimiento⁵⁵. Un asunto de pureza, de origen y de destino. Exclusión original: de un lado los ciudadanos, salidos de un mismo tronco, y, por otro, los extranjeros, que si bien tienen derechos (el caso de los metecos), no son ciudadanos. *Ethnos* y *genos*, en Aristóteles. Lo mismo y el otro, para nosotros.

Pero el asunto no acaba en Grecia, la tradición jurídica romana y, posteriormente, las exigencias cristianas en el medioevo, van a retomar los problemas del extranjero como enemigo y como huésped. Toda una tradición jurídica que, desde Roma, no olvidará el asunto del extranjero. Hasta que aparezca la palabra «inmigrante», «extranjero» no dejará de tener esas ambivalencias de las que se ha hablado, no cortará los lazos de los que se ha hablado.

El debate contemporáneo no dejará de hacer alusión, conciente o inconciente, a estas conexiones. Baste revisar los debates sobre la ley anti discriminación en Francia, donde Stirbois es ejemplar, o la Ley de extranjería chilena. Siempre el asunto jurídico. No se deja de hablar de raza, de protección contra ciertos extranjeros y de bienvenida de otros.

⁵³ Loraux, Nicole. *Né de la Terre. Mythe et politique à Athènes*. Éditions du Seuil, Paris, 1996. p. 196. Traducción propia.

⁵⁴ *Ibidem*. Traducción propia.

⁵⁵ Esto, al parecer, sólo cambiará con la introducción del *Ius Solis* en los códigos de nacionalidad.

IV. EL INMIGRANTE

El asunto del extranjero ha estado presente en Occidente desde *siempre*. Una exclusión original, inscrita en el origen de nuestras formas de organización⁵⁶. ¿Pasa lo mismo con el inmigrante?, ¿es lícito hablar de inmigrante como se habla de extranjero? Como se vio, «extranjero» tiene toda una carga etimológica, y, si bien «inmigrante» también tiene una, no será tan relevante a la hora de mostrar qué es o qué podría ser un inmigrante.

En el caso de la palabra y del concepto «inmigrante» nos tendremos que enfrentar con la historia, ingresar al «continente historia». Si bien existen amplias historias sobre la inmigración en Sudamérica, y particularmente en Chile, con genealogías completas de la colonización alemana o la inmigración árabe, el concepto fue creado en Europa. Distancia norte-sur que es materia de otro estudio, más amplio y seguramente más profundo. Por ahora esto: existen o existirían usos de la palabra «inmigrante» específicamente sudamericanos, pero la *creación* de la palabra es europea.

El caso francés es interesante, al menos, por dos motivos. El primero es que la aparición del concepto coincide con la instauración del primer régimen duradero después de 1879 y por lo tanto con la serie de discusiones y debates que surgieron de allí. El segundo, es que el hecho ha sido ya documentado por variados historiadores y sociólogos, que desde hace décadas están trabajando en el objeto. No es el tiempo ni el espacio de discutir las diferentes aproximaciones y conclusiones de los estudios. Nos atenderemos, en lo principal, a los estudios de Gérard Noiriel, por su profundidad, por su novedad y la atención que ha suscitado, tanto en Francia como en otros países, su trabajo.

El término «inmigración» y sus derivados aparecen, en Francia, sólo a partir de 1870, coincidiendo con la Tercera República. Gérard Noiriel ha probado ya esta afirmación y bastará remitirse a sus estudios para mayores detalles⁵⁷. Coincidiendo, también, con lo que hemos venido diciendo sobre la nacionalización de la sociedad. Nin-

⁵⁶ Loraux, Nicole. *Né de la... op. cit.*

⁵⁷ Noiriel, Gérard. *État, nation et immigration*. Paris : Éditions Belin, 2001 ; Noiriel, Gérard. *Le creuset français. Histoire de l'immigration XIX-XX siècles*. Paris : Éditions du Seuil, 1988 ; Noiriel, Gérard. *Population, immigration et identité nationale en France. XIX-XX siècle*. Paris : Hachette, 1992.

guna duda: lo importante para nosotros no es tanto la fecha de aparición del término, que varía según los países y los presupuestos metodológicos del estudio, como el hecho mismo de que haya aparecido en un contexto particular, a partir de problemáticas particulares. La palabra que hoy usamos con naturalidad era inexistente hace 150 años. Si damos crédito a Norbert Elias y afirmamos, junto a él, que la aparición de una nueva palabra en el vocabulario corriente indica la emergencia de un problema social importante⁵⁸, entonces sería necesario entender qué problema social se revela con la irrupción de la palabra «inmigración».

Si el término «extranjero» proviene del mundo jurídico, el término «inmigrante» aparece ligado, en un comienzo, a la demografía estadística⁵⁹. Se trata de toda una serie de nuevos problemas que harán necesaria la creación del término «inmigración». En primer lugar, la palabra «extranjero» permite hablar del número de extranjeros en territorio nacional, del porcentaje de extranjeros que puede tener una fábrica, de sus derechos, de sus obligaciones, de sus procesos. Un problema jurídico o jurídico-administrativo. Como se habrá notado, «extranjero» sólo sirve para designar a una persona, o a un grupo de personas en el caso del uso en plural, pero no puede designar un fenómeno social. Una vez introducida la nueva palabra, ya se puede hablar del efecto de la inmigración en una sociedad determinada, de flujos migratorios, de balanza entre emigrados e inmigrantes. Toda esta nueva red de conceptos está ligada a la intervención estatal en la vida cotidiana, ya se verá, a la nacionalización de la sociedad. Por ahora, habrá que retener que la «inmigración» aparece ligada a los problemas que generó la segunda industrialización, los problemas del mercado de trabajo, más específicamente⁶⁰.

Problema estadístico-demográfico y ya no sólo problema jurídico, entonces. Los problemas asociados a las tasas de natalidad, a las fluctuaciones del mercado de trabajo y su protección, pero más importante aún, a la identificación, a los papeles de identidad, van a presionar un cambio en la conceptualización de los fenómenos⁶¹. La baja en las tasas de natalidad va a ser una preocupación constante para los demógra-

⁵⁸ Elias, Norbert. *La civilisation des mœurs*. Paris : Pocket, 2003.

⁵⁹ Noiriel, Gérard. *État, nation et immigration*. Paris : Éditions Belin, 2001.

⁶⁰ *Ibidem*.

⁶¹ *Ibidem*.

fos de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, y una de las soluciones que se van a plantear será la de incentivar la inmigración. Incentivo estatal a la inmigración que tendrá, como correlato, el control de los ingresos y egresos: comienzo del control planificado de fronteras.

Un segundo factor es el mercado de trabajo. Un conjunto de países europeos, entre ellos Alemania, Francia e Inglaterra, al comenzar su segunda etapa de industrialización enfrentaron problemas de insuficiencia de mano de obra. La migración campo-ciudad no bastó para la magnitud de los nuevos procesos productivos y, ante este problema, se planteó la necesidad de «importar» mano de obra extranjera. El correlato, esta vez, fue la demanda de protección del mercado de trabajo nacional por parte de políticos y trabajadores. Esto dio paso a regulaciones del mercado de trabajo y al debate y posterior creación de un código de nacionalidad y naturalización⁶².

EXCURSO SOBRE INMIGRACIÓN Y ECONOMÍA: ¡BIENVENIDOS, GASTARBEITER!

Gastarbeiter es, prácticamente, una palabra en desuso. Refiere a los «trabajadores invitados», extranjeros contratados en la década de los '50 y '60 por las autoridades de la República Federal Alemana. Este ejemplo, el de los *Gastarbeiter*, nos servirá para ver cómo, ya bien entrado el siglo XX, el mercado de trabajo siguió teniendo una estrecha relación con las políticas de naturalización y las políticas migratorias en general.

La reactivación alemana, aún a pleno empleo, presentaba déficits de mano de obra no calificada, por lo que la solución fue incentivar la inmigración a través de acuerdos bilaterales con otros países europeos, como España, Italia y Yugoslavia, luego se sumaron turcos y portugueses, entre otros. El plan de las autoridades de RFA contemplaba una rotación constante de los *Gastarbeiter* y, por lo tanto, una integración temporal y en ningún caso una naturalización. En un principio, la rotación fue exitosa, pero en

⁶² En Chile, esta situación es homologable a los artículos concernientes a la cuota de trabajadores extranjeros contenidos en el Código del Trabajo.

la década de los '70 la *Gastarbeiter politik* fracasó estrepitosamente⁶³. La existencia de mercados segmentados y la política de reagrupación familiar existente en Alemania, junto a la inclusión de países colaboradores en la política a la Unión Europea y el acuerdo de asociación firmado con Turquía son causas con las que varios investigadores están de acuerdo.

Sobre la primera causa, la existencia de mercados segmentados, hay amplia bibliografía y podría incluso argumentarse en esta etapa histórica, en esta etapa del modo de producción capitalista si se quiere, toda economía desarrollada o incluso en vías de desarrollo exige una segmentación de mercados. Luego, una política basada en los contratos de trabajo, como la *Gastarbeiter politik*, corre siempre el riesgo de fracasar en economías desarrolladas o semi-desarrolladas.

Segundo punto: la existencia de políticas de reunificación familiar. Si bien no todos los países receptores de inmigración cuentan con políticas de reunificación familiar, y allí donde las hay no siempre son del todo coherentes, la mayoría cuenta con una. Esto quiere decir que pasada determinada cantidad de tiempo, los trabajadores extranjeros pueden «llevar» a su familia al país receptor, esto hace aún más difícil una *Gastarbeiter politik*, pues una vez que las familias están en instaladas es aún más difícil lograr una rotación y, más aún, comienzan los conflictos generacionales y de adaptación en colegios y otras instancias de la vida pública.

Tercer punto: integración regional. A medida que estos procesos avanzan, una política de inmigración ligada a contratos de trabajo se vuelve más complicada, pues por su desarrollo histórico, los acuerdos de integración regional tienden a la homologación de derechos y tratos entre ciudadanos de la comunidad y los nacionales. Esto no permite ya un trato diferenciado a los *Gastar-*

⁶³ Schnapper, Dominique. *L'Europe des immigrés*. Éditions François Bourin, Paris, 1992.

beiter, base de una política coherente de este tipo. Imposibilidad histórica entonces, imposible en esta época, se diría.

Como se decía, la *Gastarbeiter politik* fracasó en los '70 y en mayo de 1983 se dio paso, oficialmente, a una *Auslander politik*⁶⁴. Lección número uno: economía e inmigración no han dejado de tener una estrecha relación, no sólo en las motivaciones de los emigrados (tesis clásica de la teoría *push-pull*) sino en los mecanismos de naturalización y en las políticas generales de inmigración. Lección número dos: si bien una política de inmigración basada en contratos de trabajo, como la *Gastarbeiter politik*, es posible de ser implementada, es difícil de mantener. Lección número tres: economía, familia, territorio.

Tercer punto: los papeles de identidad. Esto tiene particular relación con la protección de la mano de obra nacional, pero se origina, siempre según G. Noriel, en el problema de los impuestos a los trabajadores extranjeros. Se hace necesario una especie de impuesto que retribuya a la sociedad de origen y la forma de obtenerlo es a través de la inscripción de un registro especial. Al momento de la inscripción se debe pagar una tasa. Eso regularía el mercado de trabajo y permitiría un control más exacto del número y la caracterización de los trabajadores extranjeros⁶⁵.

Configurados así, los aparatos estatales, la creación del concepto de «inmigración» posee, a todas *lucet*, relación con el asunto de la intervención estatal, y entonces con la nacionalización de la sociedad, en la vida social y económica, distinción que comienza a borrarse pero que puede seguir haciendo para efectos analíticos, de todas formas. Ninguna casualidad, ningún invento, ninguna *creatio ex nihilo*. Si los unificadores para nacionalizar la sociedad son lengua y raza, los mecanismos que crean al inmigrante son variados, pero siempre estatales y siempre conectados con el proceso de nacionalización de la sociedad.

⁶⁴ *Ibidem*.

⁶⁵ Noiriél, Gérard. *Le creuset français. Histoire de l'immigration XIX-XX siècles*. Éditions du Seuil, Paris, 1988.

V. EL INMIGRANTE, UNA RAZA

Si bien «inmigración» y, por extensión, «inmigrante» designaron nuevos fenómenos, las palabras siguen cambiando sus contenidos, de manera que hoy «inmigrante» se ha vuelto el nombre de una raza⁶⁶. No solamente existe una especie de estigmatización de la figura del inmigrante como un sujeto peligroso sino que también una nueva peligrosidad se identifica con la inmigración. Toda una serie de problemas son asociados con la inmigración. Una identificación doble, digamos. Esto tendría, al menos, dos consecuencias: la primera es que la inmigración es puesta como fuente de una serie de problemas en el discurso; la segunda es que se hace necesario, en las luchas reivindicativas, cambiar la estrategia discursiva. Ya desde hace algunos años, las luchas se hacen en nombre de los *sin-papeles* y ya no de los inmigrantes. Esto tiene que ver con asuntos coyunturales, pero también configura una nueva estrategia discursiva en que aparecen los indocumentados como sujetos políticos, donde se visibiliza un problema que el simple término de inmigrante no permite visibilizar

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Londres : Verso, 2006.
- Balibar, Étienne. «Fichte et la frontière intérieure. À propos des Discours à la nation allemande». En Balibar, Étienne. En *La crainte des masses*. Paris : Galilée, 1997.
- Balibar, Étienne. «Homo nationalis. Esquisse anthropologique de la forme nation». En Balibar, Étienne. *Nous, citoyens d'Europe? Les frontières, l'État, le peuple*. Paris : Éditions La Découverte, 2001.
- Balibar, Étienne. Identité/Normalité. En Balibar, Étienne. *Nous, citoyens d'Europe? Les frontières, l'État, le peuple*. Éditions La Découverte, Paris, 2001.

⁶⁶ Balibar, Étienne. «Racisme et nationalisme». En Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein. *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Paris : Éditions La Découvert & Syros, 1997.

- Balibar, Étienne. «La forme nation : histoire et idéologie». En Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein. *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Paris : Éditions La Découvert & Syros, 1997.
- Balibar, Étienne. «Racisme et nationalisme». En Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein. *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Éditions La Découvert & Syros, Paris, 1997.
- Balibar, Étienne. «Y a-t-il un «neo-racisme»?». En Étienne Balibar e Immanuel Wallerstein. *Race, nation, classe. Les identités ambiguës*. Éditions La Découvert & Syros, Paris, 1997.
- Benveniste, Émile. *Le vocabulaire des institutions indo-européennes, Tome I*. Paris : Les Éditions de Minuit, 1969.
- Deleuze, Gilles y Guattari, Félix. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-textos, Valencia, 2003.
- Elias, Norbert. *La civilisation des moeurs*. Pocket, Paris, 2003.
- Fichte, Johann Gottlieb. *Discursos a la nación alemana*. Taurus, Madrid, 1968.
- Gellner, Ernest. *Nations and Nationalism*. Blackwell Publishing, Oxford, 2006.
- Heller, Ágnes y Fehér, Ferenc. *Biopolítica. La modernidad y la liberación del cuerpo*. Ediciones Península, Barcelona, 1995.
- Herder, J. G. "Genio nacional y medio ambiente". En Á. Fernández Bravo, *La invención de la nación. Lecturas de la identidad de Herder a Homi Bhabha*. Manantial, Buenos Aires, 2000.
- Hobsbawm, E. J. *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality* . Cambridge : Cambridge University Press, 1992.
- Jellinek, Georg. *Teoría general del Estado*. Editorial Albatros, Buenos Aires, 1954.
- Kymlicka, Will. *La política vernácula. Nacionalismo, multiculturalismo y ciudadanía*. Barcelona: Paidós, 2003.
- Labelle, M. *Un lexique du racisme. Étude sur les définitions opérationnelles relatives au racisme et aux phénomènes connexes*. Paris, Montréal: UNESCO, CRIEC, 2006.
- Loraux, Nicole. *Né de la Terre. Mythe et politique à Athènes*. Éditions du Seuil, Paris, 1996.
- Noiriel, Gérard. *État, nation et immigration*. Éditions Belin, Paris, 2001.

- Noiriel, Gérard. *Le creuset français. Histoire de l'immigration XIX-XX siècles*. Éditions du Seuil, Paris, 1988.
- Noiriel, Gérard. *Population, immigration et identité nationale en France. XIX-XX siècle*. Hachette, Paris, 1992.
- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político: texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Alianza, Madrid, 1998.
- Schnapper, Dominique. *La Communauté des citoyens*. Gallimard, Paris, 2003.
- Schnapper, Dominique. *Qu'est-ce que la citoyenneté?* Gallimard, Paris, 2000.
- Schnapper, Dominique. *L'Europe des immigrés*, Éditions François Bourin, Paris, 1992.
- Taylor, Charles. *¿Qué principio de identidad colectiva?* En *La Política: Revista de estudios sobre el Estado y la sociedad*. Número 3, Paidós Ibérica, Madrid, 1997.
- Vertovec, Steven. Transnacionalismo migrante y modos de transformación. En Portes A. y J. De Wind. *Repensando las migraciones. Nuevas perspectivas teóricas y empíricas*. Universidad Autónoma de Zacatecas y Miguel Angel Porrúa, Zacatecas, 2006.